

quisieron seguirla, de modo, que aquel lugar vino á convertirse en un retiro de santas. Pero habiéndose renovado la persecucion contra los cristianos en 125, el gobernador de la Umbría, llamado Berilo, informado de que en casa de Sabina habia muchas jóvenes cristianas, mandó que se le presentasen. Sabina se negó en un principio, pero como confiando Serapia en la gracia de Jesucristo, le rogase de permitirle el presentarse ella sola, Sabina se resolvió á cumplir con la orden del gobernador, y fué á su casa acompañada de Serapia. Berilo la recibió con distincion, sabiendo cual era su clase, y le dijo que no habia podido menos de maravillarle el que una dama de su calidad se hubiese envilecido á seguir la secta cristiana, dejándose llevar de las seducciones de una maga, refiriéndose á Serapia, de quien sabia que habia logrado la conversion de Sabina.

3. Con todo, permitió por entonces el gobernador que Sabina volviese á su casa, pero pasados algunos dias mandó arrestar á Serapia por sus soldados. Siguió Sabina á pié y puso en práctica todos los medios posibles para que su querida Serapia no fuese maltratada. Llegadas á la presencia de Berilo, dirigióse este á Serapia despues de haber mandado retirar á Sabina, y le preguntó si queria sacrificar á los dioses. La santa doncella contestó que era cristiana, que no conocia ni temia á otros dioses que á su esposo Jesucristo, y que se horrorizaba de la proposicion de adorar á unos dioses que no eran mas que demonios. — Pues á lo menos, dijo Berilo, dejadme ver como sacrificais á vuestro Dios: — y Serapia le contestó: — Yo le sacrifico de noche y de dia. — Y qué sacrificio es este? replicó Berilo. — Es de ofrecerme á mí misma, repuso Serapia, ofreciéndole

mis pensamientos, mis palabras y mis acciones, que siendo encaminados á merecer su divina gracia, son los sacrificios mas gratos que pueden ofrecérsele. — Berilo para humillarla y hundirla en la infamia la entregó á la brutal concupiscencia de dos infames jóvenes, pero al acercarse á la Santa aquellos sacrilegos, vieron un ángel que la guardaba y defendia, y fué tal su espanto, que cayeron al suelo sin sentido, y quedaron como muertos. Preguntóle el juez á la Santa de que artificio ó encanto se habia valido para obrar aquel prodigio, y le contestó la inocente vírgen que los encantos que usaban los cristianos no eran otros que la oracion y la confianza en Dios. Berilo indignado y sin apiadarse de tan tierna criatura, le dijo con brutal acento: — O sacrifica ahora mismo á Júpiter, nuestro Dios, ó prepárate á morir: — Y Serapia llena de santo entusiasmo le contestó: — Tu amenaza es mi mas apetecido consuelo, pues seré con su cumplimiento la mas feliz de las criaturas, consiguiendo ofrecer mi cuerpo y mi sangre á mi Dios y Señor. — El tirano mas irritado que nunca la mandó azotar cruelmente con varas, y viendo que era inalterable su constancia la mandó decapitar al momento.

4. Informada Sabina del tormento y muerte de la santa doncella, recogió su cuerpo y la hizo sepultar con edificante devocion, y ansiosa de imitar á su cara Serapia entregando su vida por Jesucristo, permanecia noche y dia en la oracion, retirada del mundo, rogando al Señor se dignase concederle el martirio. No tardó Dios en escucharla, porque removido de la provincia Berilo, que habia dejado en libertad á Sabina por el respeto que le tenia, le sucedió Elpidio, grande enemigo del nombre cristiano, el cual mandó desde luego lla-

mar á la Santa, y despues de haberla llenado de improperios y de injurias, la mandó á la cárcel. Sabina marchó á su encierro, exclamando por el camino llena de gozo : — ¿Será posible que llegue yo á tomar parte en la corona de gloria de que goza ya mi Serapia? ¡Ah! ella seguramente me ha alcanzado de Dios esta gracia. — Al dia siguiente mandóla comparecer de nuevo Elpidio, y empezóla á reconvenir de este modo : — ¿Cómo os habeis envilecido á seguir la religion de los cristianos, que se glorian de ser unos sucios y miserables mendigos, despreciando los honores y la vida? Es necesario tener un ánimo sumamente vil para confundirse con tan baja gente. — La Santa redarguyéndole con nobleza, le contestó : — Teneis una falsa idea, señor, de lo que sea la religion cristiana y no conoceis cuan noble y escelente sea. No llameis vileza despreciar los bienes terrenos, porque renunciando á ellos los trocáis por los del cielo. La vileza y la infamia se encuentran mas bien en postrarse delante de unos ídolos que no tienen mas precio que la materia de que han sido hechos y la habilidad de la mano que los ha construido.

5. Elpidio mortificado, y deseando convencerla, repuso con blandura : — Mas vos no ignorais que los emperadores adoran á nuestros dioses, por lo que de ningun modo podeis quedar envilecida en obrar como obran nuestros príncipes : evitad, Sabina, que por obedecerlos no me vea forzado á trataros con rigor : — Pero Sabina le contestó : — Podeis privarme de la vida, pero no arrebatarme la fé que profeso al único y verdadero Dios. — Elpidio, conociendo que era infructuoso tratar da hacerla mudar de propósito, la mandó degollar, y al oír la Santa la sentencia esclamó : — Dios mio,

os doy gracias por el beneficio que os dignais dispensarme : en vuestras manos encomiendo mi alma. — Y al concluir estas palabras, el verdugo le cortó la cabeza. Consumóse este martirio á los 29 de agosto, que fué el mismo dia en que fué coronada un año antes santa Serapia. En 430 los cuerpos de estas dos santas fueron transportados á Roma y depositados en el templo que se edificó en el monte Aventino, en honor de santa Sabina.

VII. DE LOS SANTOS CIPRIANO Y JUSTINA.

1. Fué S. Cipriano natural de Antioquía de una familia noble y rica, aunque pagana, por donde fué educado en las supersticiones de los falsos dioses, y especialmente en el arte mágica, y como Cipriano estaba dotado de gran talento, vino á ser uno de los magos mas famosos de la Grecia. Habiéndose pues hecho como amigo familiar de los espíritus malos, no hubo abominacion y pecado á que no se entregase, llegando hasta el extremo de degollar á criaturas inocentes para ofrecer su sangre á los demonios, llevando esta vida de iniquidad hasta la edad de treinta años, que fué cuando Dios le llamó á sí.

2. Sucedió de este modo : Habia en Antioquía una jóven llamada Justina, la cual, aunque sus padres eran gentiles, habiendo oído un sermon, quiso abrazar la religion cristiana, y desde entonces resolvió consagrarse á Jesucristo haciendo voto de castidad. Era hermosa en extremo, y un jóven llamado Algaide, habiéndose enamorado perdidamente de ella, puso en práctica cuantos medios pudo discurrir para poseerla, mas todos fueron en vano, pues la casta doncella lo desatendió

siempre, fiel á su voto. Recurrió el jóven á Cipriano, para que valiéndose de sus encantos, se la propiciase. Apuró este todas sus artes, y nada pudo adelantar, y escribe S. Gregorio, que los demonios pusieron todas sus fuerzas para hacerla caer, aunque la Santa encomendándose cada vez con mas fervor á María Santísima cobraba mayores fuerzas para resistir. Cipriano reprochaba al demonio el que no pudiese vencer á una doncella, pero le contestó el espíritu malo que el Dios de los cristianos la defendía, y que por esto no podía vencerla. Oyendo esto Cipriano le dijo: — Ya que en realidad sucede, que el Dios de los cristianos es mas poderoso que tú, á este Dios quiero servir desde este instante. — Lo cual puso en práctica con ánimo decidido.

3. Salió pues inmediatamente en busca de un sacerdote cristiano amigo suyo, llamado Eusebio, el cual lo alentó y confortó, principalmente contra las tentaciones de desesperacion con que le hacía el demonio cruda guerra, trayéndole de continuo á la memoria las enormes maldades que habia cometido; pero resuelto Cipriano á proseguir en su carrera con constancia, consiguió pasar de un monstruo del infierno á un santo cristiano, de modo que convirtió muchos idólatras, asegurando un grave autor por muy cierto, que habiendo fallecido el obispo de Antioquía, fué elegido Cipriano para aquella sede. Informado últimamente Diocleciano de la santidad de Cipriano, y de la constante virtud de Justina, los mandó prender por el gobernador de Fenicia llamado Eutolmo, el cual encontrándolos firmes en la fé, hizo azotar á la Santa, y lacerar con garfios á Cipriano hasta descubrirsele los huesos, despues de lo cual los mandó encerrar separa-

damente, y cansado de atormentarlos para hacerlos prevaricar, los mandó sumergir en una caldera de pez hirviendo; pero habiendo salido ilesos de aquel tormento, Eutolmo no quiso seguir en atormentarlos, sino que los mandó al mismo Diocleciano, el cual sin hacer caso alguno de tan gran prodigio los mandó decapitar desde luego. Sucedió este martirio el 16 de setiembre. Sus reliquias fueron llevadas á Roma, en donde una dama devota llamada Rufina mandó fabricar una pequeña iglesia, y despues fueron transportadas á la iglesia de S. Juan de Letran.

VIII. DE S. PANTALEON.

1. Fué este Santo natural de Nicomedia: hijo de padre gentil y de madre cristiana, y habiendo fallecido esta cuando Pantaleon era todavía muy niño, resultó que se educó en la religion de su padre. Aplicóse á la medicina, en la que sobresalió tanto, que el emperador Maximiliano lo nombró médico suyo. Estando un dia discurriendo con un santo sacerdote, amigo suyo, llamado Ermolao, tuvo este ocasion de elogiar su sabiduría y su talento, y al fin le dijo: — ¿Pero de qué os sirven, amigo mio, todos vuestros conocimientos, si ignorais la ciencia de optar á la verdadera salud? — Y en seguida pasó á explicarle las principales verdades de nuestra fé, con tanta copia de razones, que le obligó á confesar que para ser feliz era necesario ser cristiano. Imbuido de esta doctrina sucedió que encontró Pantaleon á un muchacho en cierto parage, que yacia muerto al lado de una vibora que le habia mordido. Inflamado entonces por los prodigios que habia oido contar á

aquel sacerdote, ó mas bien inspirado de Dios, dijo al niño que se levantase en nombre de Jesucristo, y el muerto recobró al punto la vida, á cuya vista corrió en busca del santo Ermolao y se hizo dar el bautismo.

2. Convertido Pantaleon, trató de convencer á su padre á que siguiese su ejemplo, y á este fin, cierto dia en que le preguntó este porque causa andaba meditando y triste de algun tiempo á aquella parte, le habló así : — La razon que tengo para lo que me preguntais consiste, en que las estravagancias é incongruencias de nuestra religion me tienen confuso, y son causa de mi inquietud. ¿Si nuestros dioses han sido primero hombres, como han podido hacerse dioses? Veo por otra parte que de la misma materia que se hacen las ollas, se hacen tambien nuestros ídolos, ahora pues, ¿ cómo tenemos valor de ofrecer sacrificios á semejantes ídolos que no tienen vista para verlos, puesto que son estátuas ciegas? — El padre quedó algo conmovido por este dicurso, y habiéndose presentado en este punto un pobre ciego á consultar á Pantaleon, invocando este el santo nombre de Jesus, y poniendo las manos sobre los ojos del enfermo, el ciego cobró al punto la vista, á presencia de cuyo prodigio, tanto el padre como el ciego recibieron en seguida el bautismo. En adelante no se recató ya nuestro Santo de ser cristiano, y por ello fué prontamente acusado al emperador. Mandó Maximiliano que le fuese presentado el ciego, del cual quiso apurar la verdad de lo ocurrido. Refirió el ciego sencillamente el caso, y que por esta razon se había convertido á la religion cristiana. Quiso el emperador persuadirle que quien le había concedido la salud no había sido Jesucristo sino sus dioses, mas le contestó

aquel : — Pero, ¿ cómo quereis ó príncipe que los dioses den la vista, si ellos mismos carecen de ella? — Enfurecido Maximiliano por tal respuesta dispuso que al punto le cortasen la cabeza. Mandó despues llamar á Pantaleon y le echó en cara su ingratitud, pues que habiéndole colmado de honores y riquezas se había dejado pervertir por los cristianos, pero el Santo le contestó : — Señor, no hay entre nosotros quien no sepa quienes han sido el padre y la madre de cada uno de los dioses que hasta ahora hemos adorado, y no es este solo el inconveniente, sino que la historia de cada uno de ellos está llena de mil circunstancias abominables, parte de sus ignobles pasiones y hasta de sus crímenes. ¿Y adoraremos á seres tan impíos, erigiéndoles altares, y ofreciéndoles nuestros votos y nuestros sacrificios? O príncipe, uno solo y verdadero es el Dios que deben adorar las gentes, y este es el Dios de los cristianos. — Y arrebatado de santo entusiasmo añadió : — Pero, ó príncipe y Señor, si no alcanzan á convenceros mis razones, hagamos la esperiencia, obrando aqui en presencia vuestra un portento que publique y garantice para siempre la verdad de la fé cristiana. — Convino el emperador, y al punto fué traído un enfermo que padecía una enfermedad incurable. Los sacerdotes gentiles probaron la curacion empleando sacrificios, oraciones y votos, pero el enfermo quedó postrado : entonces S. Pantaleon haciendo la señal de la cruz sobre el enfermo le mandó en nombre de Jesucristo que se levantase, y puesto de repente en pié sin ageno auxilio y con pasmo y admiracion de todos comenzó á gritar. — Estoy sano, estoy sano : no hay mas Dios que el Dios de los cristianos. — El emperador furioso, sin querer abrir los ojos á la portentosa luz de

tan patente milagro, quiso en vano persuadir á los que lo habian presenciado que aquello era efecto de arte maléfica y de supersticiosos encantos, pues la mayor parte de aquellos se convirtieron á la fé, y empezaron á confesar por todas partes la omnipotente gracia de nuestro Señor Jesucristo.

5. Fuera de sí Maximiliano de ciega ira, dispuso que fuese conducido el Santo á la plaza pública y allí lo hizo lacerar con garfios de hierro, y en seguida le mandó quemar las recientes llagas con hachas encendidas, disponiendo que, concluido tan horrendo tormento, fuese sumergido en una caldera de plomo derretido, pero el Santo salió sin lesion de tantos suplicios. Obs- tinado el tirano, ordenó que fuese arrojado al mar con una piedra de molino atada al cuello, y el Santo salió de las aguas sano y salvo. Fuera de sí el tirano lo hace atar á un olivo para que le acaben á cuchilladas, pero los aceros de los ejecutores se deshacen, á cada golpe, como si fuesen de cera. Por último el tirano le manda cortar la cabeza, y el Señor, queriendo ya coronar al santo mártir, no pone estorbos á la ejecucion. Maximiliano dispone en seguida le sea presentado el sacerdote Ermolao, á quien injurió con amenazas y grandes im- precaciones, mas el Santo por toda respuesta se puso en oracion, y en aquel instante sucede un fuerte terre- moto que derriba todos los idolos, por donde no sa- biendo ya que hacerse el tirano y mas endurecido y ciego cada vez, ordenó que fuese degollado. Las reli- quias de S. Pantaleon fueron transportadas á Constan- tinopla y despues á Francia. De la cabeza de S. Panta- leon salió sangre y leche. En la ciudad de Ravelo, á ocho leguas al poniente de Nápoles, se conserva un

vaso de dicha sangre, la cual se pone líquida todos los años y se ve salpicada de leche por encima, como la he visto yo, (dice el autor S. Ligorio) que escribo este libro.

§ LX.

DE LOS MARTIRES Y CONFESORES DURANTE LA PERSECUCION VANDALICA.

1. Habiendo resuelto Unerico, rey de los Vándalos, extinguir la fé católica en el Africa para entronizar en ella la secta arriana, desterró de una sola vez á los de- siertos, entre obispos, sacerdotes y otros eclesiásticos, hasta 4976 personas. Hallábase entre ellos el santo obispo Felix, que, enfermo de perlesía, no podia andar ni hablar; por lo que, movidos algunos á compasion le rogaron lo dejase morir en Cartago, pero el bárbaro rey contestó, que si no podia ir á caballo lo atasen con cuerdas á la cola de dos bueyes, y que fuese conducido de este modo al lugar da su confinamiento, por donde no tuvieron mas partido que colocarlo atravesado sobre un mulo, como si fuese un leño, y conducirlo de tan penosa manera, de modo que daba lástima á todos los que con él iban.

2. Todos estos santos confesores fueron despues en- tregados á los moros del país, los cuales debian con- ducirlos á los desiertos. Los dos gefes á quienes se habia dado el encargo de conducirlos hasta las fronteras quisieron antes probar si podrian reducirlos á seguir la secta que protegía y profesaba el rey: propusieronles pues que se resolviesen á dejar el dogma católico, pero rehusáronlo heroicamente; y creyendo que seria facil obligar á aquella tropa de miserables eclesiásticos,